

ESPIRITUALIDAD DOMINICANA

o la "tendencia contracorriente" en la Historia Religiosa Antigua como el hilo conductor en la historia de la Familia Dominicana.

de Edward Schillebeeckx, O.P.

Para la mayoría, la gente vive de relatos. Yo mismo vivo de mi propio relato. Cuando me hice dominico yo vinculé la narrativa de mi vida a la familia de los Dominicos; en este sentido el relato de mi vida tomó una nueva orientación y, por otro lado, yo hice mío el hilo de la historia de la Orden según mi propio estilo. Mi propia vida se convirtió en parte de la historia de la Familia Dominicana, como un capítulo de la misma. Mi relato empezó una nueva línea en la historia de la Orden.

Los relatos de la Orden Dominicana nos mantienen 'unidos' como Dominicos. Sin ninguna constancia estaríamos vacíos de recuerdos del pasado, no encontraríamos nuestro propio lugar en el presente y permaneceríamos sin esperanza de expectativas de futuro. Por lo tanto, como Dominicos, formamos nuestra propia entidad, exactamente como una comunidad que narra relatos. Dentro de una narrativa más amplia de las múltiples familias religiosas y dentro de la historia omniabarcante de la gran comunidad eclesial y la aún más amplia comunidad humana, nosotros contamos nuestras propias tradiciones. Así nos constituimos en una propia familia, separada, reconocible a través de la heterogeneidad de sus grandes y pequeñas, pero innegables, características familiares.

Con esto ya he dicho mucho sobre la "Espiritualidad Dominicana". Ésta no puede ser otra cosa sino mi propio relato, en tanto en cuanto ha llegado a ser un capítulo de la historia de la Familia Dominicana. El historial de mi propia vida amplía y enriquece la historia de la Espiritualidad Dominicana. Pero se trata sólo de un capítulo pequeño, casi insignificante, que ocupa un lugar limitado y es evaluada por la más antigua y extensa historia de la Familia Dominicana, la cual cuestiona críticamente si uno introduce líneas equivocadas en el marco de la historia de esta familia.

Esa es la razón por la que yo dudo de todo aquel que quiere imponer a los demás su propia percepción o su propia experiencia como una norma para la Espiritualidad Dominicana. Además, hay –gracias a Dios- todavía Dominicos vivos, por lo que el relato no se ha agotado todavía, aún no ha alcanzado su fin. Hay todavía cosas que decir.

Entonces, podemos sacar ya una primera conclusión: ¡No se puede dar una definición final y completa de lo que es la Espiritualidad Dominicana! No se puede dar un juicio final sobre un relato si éste está siendo narrado con toda intensidad. Sólo podemos buscar algunas tendencias principales en la trama del relato. No podemos hacer más porque el relato ha sido contado a lo largo de siete siglos siempre mediante nuevas modalidades, en las cuales el relato básico es repetido siempre mediante nuevos lenguajes y discursos, siempre diferentes teniendo en cuenta que los oyentes cambian

constantemente. La narración es contada y escuchada en un contexto histórico-cultural y eclesial que no siempre es el mismo.

La narración básica, que es la fuente de la propia comunidad dominicana que la compuso, tiene, en este sentido, una importancia fundamental. Pero el origen de mi relato relevante habitualmente se pierde en un oscuro pasado que es difícil reconstruirlo históricamente. Domingo (1170-1221), la fuente de la historia de la Familia Dominicana, no ha escrito libro alguno. Sin embargo, a través de una minuciosa investigación histórica que despoja al “verdadero Domingo” de todo tipo de leyendas – tan típicas en la Edad Media- tenemos un terreno lo suficientemente firme bajo nuestros pies; ya que, de modo particular, aunque Domingo no nos dejó libros ni documentos, sí nos dejó un icono viviente en el Movimiento Dominicano, la Orden, un grupo de gente que quiso continuar su labor siguiendo sus huellas. Por tanto, la historia dominicana empieza con Domingo y sus primeros compañeros. Todos juntos permanecieron en el camino de lo que iba a ser la historia de la Familia Dominicana. Ellos decidieron lo que debería ser el programa; ellos compusieron la melodía principal.

Además, este relato, constantemente repetido, constantemente cambiante, es a su vez un relato más antiguo, el de Jesús de Nazaret. Esta historia es retomada de nuevo, de una manera particular y de un modo nuevo. Esto nos lleva a una segunda conclusión: La Espiritualidad Dominicana sólo es válida en la medida en que retoma la historia de Jesús según su propio estilo y lo hace así, de nuevo, de acuerdo al tiempo presente.

El concilio Vaticano II dijo en su Decreto sobre renovación de la Vida Religiosa que “seguir a Jesús” es la norma suprema de toda forma de vida religiosa.

Por tanto, la Espiritualidad Dominicana está bajo la norma crítica de la “fuente de toda vida cristiana”. Y esto significa que la “Espiritualidad Dominicana”, incluso Domingo y sus primeros seguidores, no es una “ley absoluta” para los dominicos como si nada más pudiera ser dicho. Hoy, hay un conocimiento más desarrollado y diversificado de la “Historia de Jesús”. (Podríamos mencionar en este punto la orientación bíblica de la vida espiritual o la más refinada exégesis de las Escrituras).

Esto pudiera perfectamente conducirnos al establecimiento de acentos diferentes a aquellos establecidos por Domingo y sus compañeros. De acuerdo con el decreto antes mencionado, la renovación debe ser hecha en primera instancia “volviendo a las fuentes de toda vida cristiana”: el Evangelio de Jesucristo (Mc 1, 1). Y el Evangelio es una fuente tal que nunca será agotada y siempre dará nuevas posibilidades. Es una fuente de la que ni siquiera Domingo supo la fórmula mágica para abrir todos sus tesoros.

Esto supone que toda historia de una orden debe ser juzgada como una parte, o mejor dicho una "modulación", de una narración más amplia de la "Comunidad de Dios", la Iglesia ("una participación en la vida de la Iglesia"). En esta conexión el Concilio señala a los "proyectos de hoy": bíblico, litúrgico, dogmático, pastoral, ecuménico, misionero y social. Esto quiere decir: la Espiritualidad Dominicana supone una relación esencial y crítica con las necesidades concretas y los dolores de la Iglesia de hoy en su situación histórica. No puede ser un cultivo aislado de una particular parcela de jardín dominicano, "junto a" el desarrollo de la vida del mundo y de la Iglesia.

"La inspiración original" de los propios institutos religiosos (mencionada en el decreto) es el tema básico de la historia de la Familia Dominicana, y la orienta hacia ella si: 1) la norma es tomada del Evangelio y si ese Evangelio la critica continuamente, y 2) si ese Evangelio, como parte de la historia, está todo el tiempo referido a los proyectos necesarios y grandes de la Iglesia aquí y ahora.

La tercera conclusión debe ser: La Espiritualidad Dominicana es válida como una modalidad particular de la misión de la Iglesia: seguir a Jesús. Esto significa para nosotros: son las huellas del inspirado Domingo las que, una y otra vez, nos han orientado a muchos de nosotros en los mejores momentos de la historia de la Orden. Esa es la razón por la que nosotros debemos tener una visión clara del relato básico, porque la relación con la fuente inspiradora se ha roto con el transcurso del tiempo. Cuando, por ejemplo, la Inquisición condenó a Juana de Arco a la hoguera, los dominicos que fueron instrumentos de aquello, estaban en contradicción con la inspiración y la orientación de Domingo. Entonces, los dominicos nos habríamos convertido en sordos y ciegos al desarrollo de nuevos carismas: ¡una actitud de vida esencialmente anti-dominicana!

El mismo decreto del Concilio da un tercer criterio para renovar la vida religiosa: la relación entre el relato de Jesús y el relato básico original (dominicano) por un lado, y las necesidades cambiantes de los tiempos, por otro. Esto significa que la Espiritualidad Dominicana no puede ser determinada por una simple apelación al relato original, ni tampoco sencillamente mirando a más amplias formulaciones y actualizaciones de esta narración básica como ocurrió en la historia de la Orden. Todo esto se da por supuesto. Pero la Espiritualidad Dominicana está también exactamente determinada a través de nuestra actualización "aquí y ahora", en nuestro tiempo. La Espiritualidad Dominicana no sólo dice qué ocurrió "en el principio" de la historia de la Orden. Debería ser sólo esto, deberíamos escribir una historia sobre cómo los dominicos fueron inspirados en el pasado. Pero la historia no es "espiritualidad". Podría ocurrir que un no-dominicano que es un buen historiador, pudiera reconstruir este pasado mejor de lo que ninguno de nosotros seríamos capaces de hacerlo.

La Espiritualidad Dominicana existe: no quiere ser solamente una historia de espiritualidad y –a no ser que sea una ideología vacía- debería ser una realidad viva en el presente; es llevada (o estropeada) por los dominicos que viven ahora, que componen el relato de la Familia Dominicana aquí y ahora, teniendo en cuenta la situación histórico-cultural mundial y eclesial de este momento.

Por consiguiente, la cuarta conclusión debe ser ésta: sin una relación actualizadora del “aquí y ahora”, cualquier discurso sobre la Espiritualidad Dominicana sigue siendo una ocupación puramente histórica sobre el pasado de la Orden –lo cual es frecuentemente utilizado como una vía escape de una tarea que es urgente ahora-. ¡La Espiritualidad Dominicana es una realidad viva que nosotros debemos llevar a cabo AHORA! Si no lo hacemos, nosotros simplemente estaríamos repitiendo una historia que otros han contado hace mucho tiempo, como si nosotros no tuviéramos un capítulo que escribir con una narración empezada por nosotros. Si queremos que después de nosotros algunos descubran que vale la pena retomar de nuevo el hilo de nuestro relato de la Familia Dominicana, tenemos que escribir un capítulo nuevo aún no publicado. Pero si nosotros somos capaces de escribirlo –si en realidad tenemos el coraje y la voluntad de escribirlo tal capítulo viviente- estoy seguro de que muchos jóvenes, hombres y mujeres, se sentirán atraídos para continuar esta tradición dominicana después de nosotros.

Pero toda historia que tiene sentido es contagiosa en su poder, pues está siendo contada una y otra vez; nadie puede detener esta bola de nieve rodando. Si esto ocurre o no, depende de los contenidos y la tensión con los cuales estamos escribiendo nuestro pequeño capítulo en el relato de la gran Familia Dominicana. ¿Será un sombrío parágrafo que nadie leerá en ningún caso? O peor: ¿es una extraña historia, una excursión extraña que no concuerda con el hilo de la vieja narración familiar, y la asfixia hasta matarla - y esto posiblemente para siempre-?

¿O es un episodio cautivador –ya cautivador porque el lector se da cuenta de que nosotros buscamos celosamente encontrar de nuevo el verdadero hilo de la historia, del cual nosotros mismos perdimos la pista-? ¿También esto puede llegar a convertirse en una parte importante de la antigua historia de la Familia Dominicana?

La Espiritualidad Dominicana, como he esbozado con las referencias al hilo conductor que recorre el relato de la Familia Dominicana, desde los tiempos de Domingo hasta los nuestros, se nos continúa mostrando con suficiente inspiración y dirección. No podemos descuidar esto cuando escribimos nuestro capítulo en la historia más amplia de la Orden. A medida que este hilo conductor es tejido en nuestra aparentemente desviada biografía, hemos tomado conciencia de la Espiritualidad Dominicana. Espiritualidad no es espiritualidad en la medida en que está siendo “descrita” en un tono suplicante o autoritario, pero sí si se hace real en una forma concreta,

como una interpretación completamente nueva de una melodía dominicana ya existente.

¿Cuál es esta melodía que existe desde hace tiempo y la línea básica y el motivo que constantemente están retornando? Yo diría: es la historia de los "movimientos contra-corriente".

De EN MOVIMIENTO, Boletín n. 33 Verano 2006, Movimiento Juvenil Dominicano España, Amparo Caja Ibáñez <amcaiba81@hotmail.com>